

Lo afectivo en el amor

Has creído querer cuando, sólo, un vulgar apetitillo torturaba tu ineducado organismo; has sentido la provocación agri-dulce de un seno osado, la voluptuosidad de una opulenta cadera, la frescura de coralina mejilla o la tibieza del beso de dos labios rojos... y, argumentaste que eso era tu ideal, eso tu afán, eso el complemento de tu vida. Cuando, sólo, tu carne, cual fiera en acecho, en mal contenido predominio de animalidad, deseaba cumplir con un mandato orgánico, tú creíste que era amor, afinidad de espíritus...

Es cierto que unas formas de mujer pueden distraerte, que una intencionada mirada puede estremecerte, que el roce de un aliento juvenil y fogoso puede abismarte. Pero, esto está en relación directa con tu animalidad; es tu concupiscencia, producto del medio ambiente o de la herencia, que mueve el engranaje íntimo de tu sér; eres, así, forzosamente mandado y tu pobre "ego" queda imperceptible, diminuto, librado al azar de unos ojos o al capricho de un beso.

Para convencerte de ello, de que eres un mísero esclavo de la ostentación ajena, piensa un instante en los diferentes grados del gusto en el amor; desde el hombre que apetece lo mo-fetudo, ordinario, abundante y lujurioso, hasta el hombre que gusta de un figurín elegante, diminuto, de una monadita de chica, de lo picareesco de unos ojos o de la gracia de una carcajada. La diferencia es evidente y enorme; en esa escala ascendente es la animalidad que disminuye en progresión continua; y, no lo dudes, el segundo ha eliminado mucho de su bestia y tiende a alcanzar la meta incognoscible del amor, a descifrar ese enigma que, no por ser pronunciado por todos, es comprendido por pocos, siquiera. Y esto de la comprensión del amor, es conveniente que te convenzas que es otro punto cuyo sentido no llega a penetrarse en tu círculo; tendrás una concepción poco más o menos acabada; formarás todo un sis-

tema en que tú actuarás con más o menos acierto y con toda expansión; pensarás vivir feliz...; pero esto es completamente personal, sólo tuyo, y lo peor del caso es que no eres tú el forjador del sistema, sino que vas colocando, ladrillo sobre ladrillo, todo tu depósito, para alzar el edificio cuyo esquema te ha fijado el ser dueño de lo picaresco de unos ojos o de la gracia de una careajada.

Y aquí es bueno que, concentrándote en tí mismo, pienses en la finalidad de este sistema.

Es probable que al ir entregando materiales para el edificio y cuyo importe te es recompensado en abundancia de caricias, en frenéticos besos y en concesiones refinadas, llegue el momento en que encuentres tu filón agotado, exhausto, y entonces sentirás el hastío, el terrible hastío que hará desmoronar a pedazos tu interminada construcción; entonces sentirás los desengaños, hallarás fría tu existencia y serás uno más de "esos bárbaros que se matan por una mujer"; y digo bárbaros, porque ni siquiera es suicidio voluntario, que ni siquiera tiene la belleza y lo altivo de sentirse indomable y temerario hasta para abofetear la propia vida; pues, eso, no es más que una inmola-ción que se te impone; serás una pobre e inocente víctima sacrificada por la codicia de otros; un indefenso timonel a quien la borrasca de la vida arranca de su puente para sepultarte en la nada.

Este es el caso con su "visus" penitente, y tú, puedes creerte capaz de llegar a completar el edificio.

Te veo, pues, laborioso, convencido de alcanzar ese fin; te contempló satisfecho con tu labio humedecido por el voluptuoso descanso, con tu pecho anhelante que va refrenando sus espasmódicos impulsos. ¡Al fin llegaste!... ¡La palma es tuya!...

...El tiempo, el viejo eterno, marcó su intervalo y á tí, que desbordabas de alegría, te veo decaído, entristecido. Tu beatífica sonrisa se ha trocado en desencantada mueca de congoja, y tus labios, esos labios que libaron el apetitoso néctar, espumoso del momento, hoy son hojas mustias, ¡pobres azucenas que en su agonía se abrasan por no tener una gota de rocío esparcida en sus pétalos!... Ascendiste, llegaste a la cúspide de la pirámide y allí, envuelto en tinieblas, tú (avezado a correr con la ayuda de Ariadna), te encuentras solo, indeciso.

extraviado de tu camino. Eres un fracasado que al cumplir una orden quedaste perplejo: desde hoy tu punto de actuación entrará en el infinito círculo de lo olvidado sin la esperanza de que una pródiga y providencial tangente pueda arrancarte del misterio. Tus fuerzas nulas, tus esfuerzos vanos, tu "ego" destruído, irremediamente llegarás al punto precitado: al hastío. Verás como la boquita, antes de miel para tí, cuyo beso ératé un encanto y cuyo aliento un incienso, hoy es un detalle de la cara humana; es el órgano por medio del cual se alimenta un organismo. Y esos ojos negríssimos, esos bucles de azabache que formaron, otrora, tu dulce cadena, esas manos, esos senos, esos párpados... ese cuerpo, todo te es trivial, aburridamente común, y te hastías... te hastías... Y si la casualidad no te socorre con estímulos terceros, acabarás por ser, también tú, bárbaro: cándidamente sucumbirás a tu hado.

Es que en ambos casos, sea en él de "visus" penitente o sea en este otro de "visus", si se quiere, risueño, has tenido la misma norma; con diferentes badajos tocaste la misma campana; te preocupó algo real, circunscripto, *finito* y a la larga habías de alcanzarlo; y tú sabes que todo lo que se posee, cansa; la meta alcanzada no tiene estímulos: el *champagne* para quien lo usa como vino de mesa no constituye una sorpresa, si se regala con él: la regla es continua, monótona; la excepción es suspicaz y excitante.

Lo finito es relativamente fácil, pero, al cabo, finito: tú lo buscaste y lo alcanzaste, terminaste tu cometido. Creíste en demasía en el adagio: *Finis coronat opus* y fatalmente arribaste... al hastío. Debías haber pensado que el *finis* que corona la obra, no era de tu dependencia, que ese *finis* era inalcanzable, que se encontraba siempre delante de tí, pero nunca en tí, que él principiaria cuando tú dejaras de existir, que era el foco al cual convergen los rayos de tu eclipse; que los rayos lo alcanzan, pero la eclipse no; más aún: que ese foco engendraba tu eclipse (tu radio de acción), pero lejana, abstracta, hipotética.

Desecha, pues, esa eanción, infructuosa y maligna, acoge en tu espíritu de hombre superior, ráfagas nuevas, eternas, que perenne e infinitamente ventilen tu adamantino castillo del

pensamiento. Fórjate un ideal, elige tu acompañante y brega por él indefinidamente. Que tu acompañante no sea un instrumento para tu andar, que ésto sería simplemente mundano y cobarde, ni un amo que te arrastre encabestrado, pues sería pueril y vergonzoso. Y, que tu ideal sea infinito, abstracto, divino; piénsalo bien: que sea Dios, si es preciso, pero que no entre en el dominio de tu poder. Y así, en la comprensión recíproca de dos cerebros que mutuamente se nutran con la fecunda savia del saber, de la duda y de la fe; en el incansable acicate de llegar, te sorprenderá la muerte sin que hayas meditado por un momento, en la relación tuya con la de tu acompañante, sin que te hayas parado un instante a bostezar...

Y la pupila negrísima, inmensa, tal vez te descubra un nuevo misterio; el incensario aliento y la santuaría boca, un medio de purificarte de tus bajos deseos; el venusto cuerpo para cultivar tus estéticos sentimientos de asceta...

Desecha a la hembra y guárdate de la bestia; y si te crees incapacitado para ello y estás seguro de que, solo, te bastas, recoge entonces tu extendido manto, vívete solo en tu pura intelectualidad y deja que tus corceles vayan libremente a relinchar en los fueros del deseo.... Tal vez, así, cumplas con otra misión, tal vez recabes y otorgues algo; pero, detente al jurar eterno amor a una mujer, si las pesas del ideal y de la bestia se balancean... si la voluptuosidad de opulenta cadera te obsesiona... si un osado seno te tienta... si la tibieza de dos labios rojos te martiriza.

Jacinto J. Cuccaro.
